

gunos construyen cárceles./ Barrotes para jaulas./ Yo fabrico espejos...".

Así, Roca va discurriendo de personaje en personaje, modelándolos como un escultor que en vez de piedra o mármol utiliza imágenes y sueños, evocaciones y revelaciones, música y silencio. Pero no les presta la voz para auxiliarlos en sus poquedades. Los inaugura y los abraza. Allí, también el cuerpo es un personaje con voz y pensamiento. Con preguntas: "¿Qué se han hecho/ Los sucesivos inquilinos/ Que he tenido/ En escamoteadas edades,/ El niño que nadaba en mí/ Como en un inmenso traje?/ Huésped de paso, mi morador/ Es rey de la sombra,/ Mandarín de soledades" (*Monólogo del cuerpo*, pág. 44).



Cuando Roca concentra su voz, y su pensamiento cae agudo sobre aquello que ha elegido para el poema, su poesía, además de la rica sonoridad a que ya he aludido, es vigorosa, contundente, enamorada. Porque la poesía no se alimenta de talento ni de cabriolas verbales que, muy probablemente, tengan de suyo otra naturaleza. El poema se alimenta de amor, de emoción, de lenguaje. En *Luna de ciegos* había escrito un bellissimo poema suerte de epigrama que, de alguna manera, sintetiza lo mejor de su escritura y donde, a pesar de ser la contundencia y precisión de las tres líneas el poema mismo, está le-

jos de ser sólo capacidad para inventar "al garete": "Estoy tan solo, amor, que a mi cuarto/ Sólo sube, peldaño tras peldaño,/ La vieja escalera que traquea". (*Días como agujas*).

O aquello de "Con coronas de nieve bajo el sol/ Cruzan los reyes" (*Epigrama del poder*), publicado en *País secreto*.

No hay en *Monólogos* nada parecido a esto, gran dinamismo verbal que configura en poquísimos rasgos un ambiente y una situación. En una la soledad y en otra la ironía política, dan al lector un vasto panorama con apenas casi un ademán.

Mala costumbre a veces la del lector (mía) que quiere de lo mismo, y echa de menos poemas como éstos en el presente libro y los ve reemplazados, me atrevo a decir, por-otro-tipo-de-asunto.

Monólogos, pues, es un libro que se lee fácilmente, de un tirón, paseando con agrado por su variopinto paisaje de personajes en ocasiones impensables (*Naturaleza muerta*, pág. 62) y siempre, o casi siempre, inusitado aprendizaje de territorios, de otredad.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

Las intuiciones innatas

De viaje

Róbinson Quintero Ossa
Fundación Simón y Lola Guberek,
Santafé de Bogotá, 1994, 76 págs.

Creo que un escritor va bien cuando tiene abierta la puerta a sus intuiciones innatas y más profundas. Si escribes frases que no provienen de esa fuente, no puedes construir nada en derredor: ellas hacen que toda la página suene falsa. (Saul Bellow)

Quiero partir de esta afortunada frase del escritor norteamericano para referirme a los poemas de Róbinson Quintero en su libro *De viaje*, primer poemario publicado por el autor, aun-

que de él se conocían poemas "suelos" en revistas y lecturas públicas.

Y es que en este libro, bello por su mensurada levedad, existe una voz que, de principio a fin, sopesa su lenguaje, sobre todo en un mundo de intuiciones naturales, interiores, personales. Hay un hilo evocador que tiene su centro más importante en el silencio que late con la propiedad de la expresión, signo inconfundible de la conciencia del texto. Es evocador sin quimeras ni lamentos. Allí se hace importante esta poesía: en su desnuda belleza.

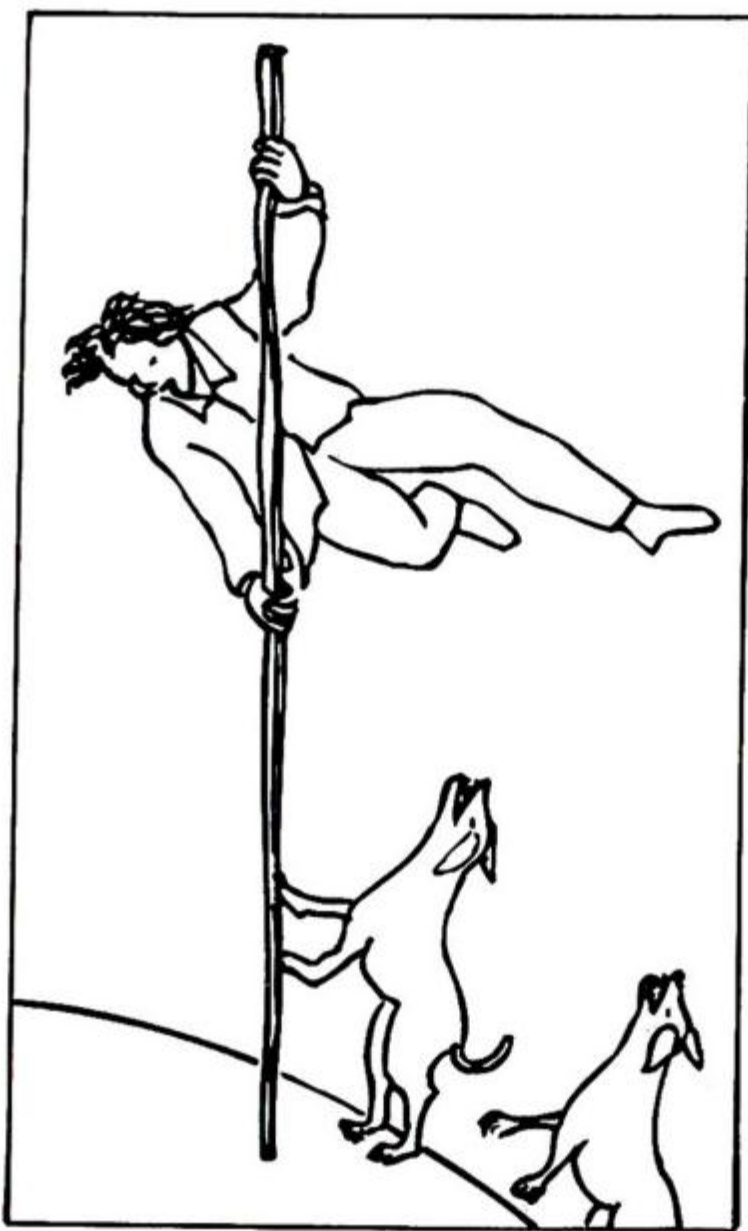
El poeta instala su observatorio hacia cinco grandes ventanales a través de los cuales va a configurar su propio universo conocido, su propio interior. De allí partió y allí vuelve al cerrar el libro: la infancia, la mañana, el viaje, la poesía y los amigos. Todo se dirime en esa suerte de Aleph borgesiano donde un punto es todos los puntos, una mirada todas las circunstancias.

Puede uno suponer al autor configurando temáticamente su libro y, para ello, juntando en pequeños espacios o compartimentos los más afines según sus aspectos y parentelas. Cinco espacios, cinco temas. También puede uno suponer (y comprobar) que si igual los deja en cierto "desorden" holgazán, el libro nada pierde (el ejercicio puede hacerse, como inducido por Cortázar). Esto, sólo para señalar que, más que un dudoso agrupamiento, lo que se impone en este poemario son sus atmósferas llenas de sentido, aquellas intuiciones naturales que nacen con un escritor y que es sólo tiempo la condición para que ellas asuman la forma de textos que revisten ya una perennidad, una presencia de verdadero alimento del arte.

En el primer poema (pág. 13), Róbinson Quintero nos habla de su pueblo natal, Caramanta, y el texto está enfilado totalmente hacia su última parte, que nos remite a su sentimiento de niño que, por ingenuo e inocente, es el que prevalece con toda su fuerza: "Cuando fui niño/ fue capital del mundo/ centro del universo/ puerto seguro". Ese arraigo, sin embargo, se mantendrá presente. Lo comprobaremos en el transcurso del libro, hasta el final. En el primer poema de los que hacen parte de *La poesía* (pág. 59), vuelve sobre aquel pueblo, y dice: "... Necesitaste del

silencio/ y del exilio/ para descubrir su poesía/ palabra desde la que vuelan pájaros". También lo titula *Caramanta*.

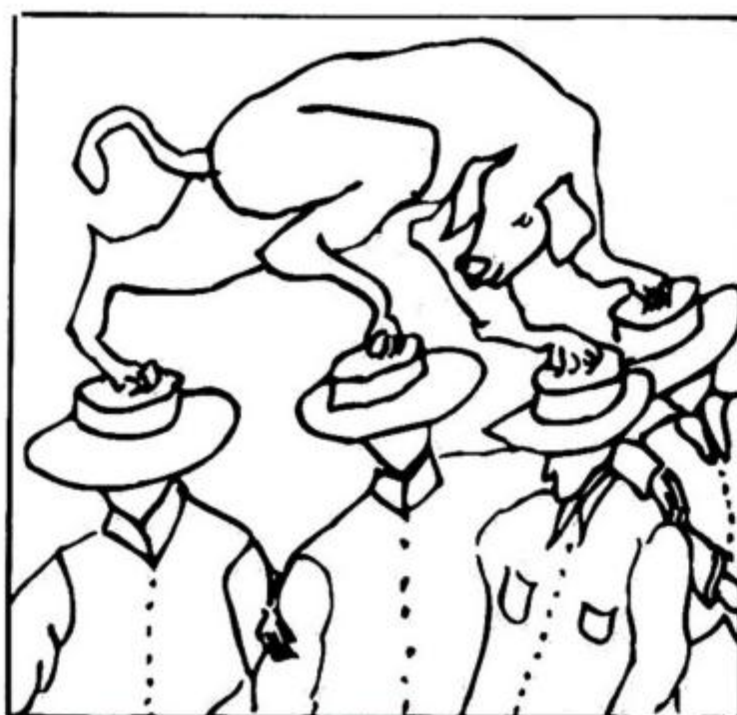
Todos los pájaros, las mañanas, las carreteras, los ríos, las canciones que el poeta se encuentre luego, en su errancia por otras ciudades y otros rostros, tienen el único corazón de aquel pequeño pueblo, "...apenas unas cuantas calles/ un paisaje de casas/ con una plaza en medio..."



Como en la frase de Bellow, el poeta tiene abierta la puerta a sus intuiciones innatas más profundas. Por ello estas frases suenan con la verdad de la poesía. El arte tiene aquella "obligación" de reiterar los asuntos, lenguajes y sentimientos que hacen que el hombre no sea el idiota robot que las sociedades consumistas tienden a estandarizar. Pero no mediante fórmulas aprendidas o agarradas en escuelas, sino mediante la fuerza natural de la poesía. Mediante el poder de evocación que tienen las palabras cuando las anima una primigenia voluntad. En este libro, esa voluntad está expresada aun en la elección de los temas, de los elementos que componen el corpus del pequeño tomo, de apenas cuarenta y cuatro cortos poemas. Esa voluntad tiene asiento en el alma del poeta. No se pierde en búsquedas peregrinas que al final nada encuentran, o lo hacen en medio de un

bosque de confusiones. Poemas aquí como *Mi padre endomingado* (pág. 22) dicen claramente que quieren tomar sólo lo tenue de la realidad. Entendiendo que ello, en ocasiones, conduce a profundidades insospechadas. Las preguntas y la curiosidad ante la inexplicable actitud del padre (cubrirse de oro los domingos), son entrevistas y entredichas con los ojos apaciguados (y enamorados) de un niño. No hay recriminaciones, sólo asombro. El poeta (alma desnuda) no comprende el oro, gusta más de los overoles porque simbolizan un oficio, es decir, una manera de ser.

Así, los lugares y personajes que viajan por el libro son abordados en el sentido de lo que significan por sí mismos, fuera de añadiduras y conceptos. En el lenguaje de Robinson Quintero existe un clima que define sus atmósferas por la manera de abordar los temas, que van configurando la poesía en su sentido de brevedad y conciencia. Ello encierra un bello contrasentido: ese lenguaje es primerísimo protagonista, pero es tenue y tiende al silencio, a la prolongación del aire. Como en aquel *Poema con naranjas* (pág. 33), que es puro lenguaje en imágenes cortas y llanas. "No pierden su llamarada" las naranjas en el aguacero, "me acojo a su alegría que escampa/ Amo este sol entre la lluvia".



Algunos poemas asumen el tono de oración, y uno no les ve el aspecto de falsos que normalmente tienen este tipo de poemas. Aquí tienen la presencia del abrazo: "Señor/ cuida de los burdeles/ cuida las casas oscuras y baratas/ donde recostadas a los muros/ comercian las mujeres/ Ya de mañana/ muy temprano/ van y vienen por su acera/ pei-

nando sus cabellos/ faldicortas y escotadas/ la palidez de la noche en sus ojeras/ También para mí espera el trabajo/ también para mí se hace tarde..." (*Oración*, pág. 36). Luego vendrá *Oración del chofer*: "Patrona de los caminos... / Son tuyos:/ los besos de quien me espera/ sus brazos/ y este poema que te reza con sus versos" (pág. 46).

El libro va transcurriendo por aguas tranquilas, lo cual no significa exento de durezas. El poeta intermedia esos dos estadios que, por antagónicos, requieren la labor tamizadora. El mismo autor lo dice plenamente en un poema: "El poeta es quien más tiene que hacer al levantarse/ saludar el día/ espantar los pájaros amargos/ limpiar las palabras/ regarlas en los corazones/ vigilar que no mientan/ y llenarlas de esperanza/ No reproches su caminar ausente/ su diligencia en nada/ esa forma de cantar" (*El poeta es quien más tiene que hacer al levantarse*, pág. 65). Un poema que describe el oficio del poeta. Que lo baja de supuestos pedestales y lo ubica en su verdadera dimensión. Pero le da, igualmente, el acertado sitio de artesano de las palabras. Ellas son las protagonistas de este libro. No por el hecho de juntarlas y conformar oraciones más o menos coherentes, sino porque en ellas el vuelo de la poesía trasciende la página, la escritura, y se apodera del lector, llevándolo a donde se propone: comunión del amor con el silencio, de la soledad con el esplendor del corazón.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

Prehistoria de un escritor empecinado

Juliana los mira (1987)

Evelio Rosero Diago

La Oveja Negra, Santafé de Bogotá, 1993, 230 págs.

Hasta *Señor que no conoce la luna* (1992), la facilidad y la porfía han multiplicado las obras de Evelio Rosero Diago. Interminables a pesar de su brevedad, sus páginas acumulan sinóni-